



Fig. 1. La Edad de Oro de Lucas Cranach

Enrique García Gómez¹

Juan Pereira Sieso²

¹ Diputación de Toledo

² Facultad de Humanidades de Toledo (UCLM)

LAS BELLOTAS Y LA EDAD DE ORO

El término “Edad de Oro” proviene de la mitología griega y se refiere al periodo inicial de las distintas eras que los griegos consideraban que existieron: oro, plata, bronce y hierro. La primera de estas edades era el tiempo de una dorada estirpe de hombres mortales, creados por los dioses en el tiempo en que Cronos ejercía su autoridad en el Olimpo. Era un tiempo que era percibido como un estado ideal, en armonía con la naturaleza, que se manifestaba entre otras cosas en la simplificación de la comida, ya que el alimento dependía de los productos que la naturaleza proveía: agua, miel y bellotas. De estos productos se alimentaban los humanos, gozando de una eterna juventud, pasando su vida entre banquetes y fiestas para acabar sus días en una muerte que se presentaba como un dulce sueño.

Ese pasado edénico fue descrito por primera vez en el siglo VIII a. C. por el poeta griego Hesíodo en su poema *Los trabajos y los días*¹, dentro de la fábula del halcón y el ruiseñor:

“Jamás el hambre ni la ruina acompañan a los hombres de recto proceder, sino que alternan con fiestas el cuidado del campo. La Tierra les produce abundante sustento y, en las montañas, la encina está cargada de bellotas en sus ramas altas y de abejas en las de en medio”.

No solo se recogen las características del modo de vida de la humanidad durante la Edad de Oro sino que también se identifican algunos de los símbolos principales de la mis-

Fig. 2. Miel, oro líquido





Fig. 3. Encina con numerosos amentos de flores masculinas

ma: la miel y las bellotas. En el primer caso por su color que recuerda al oro, ya que en ocasiones metafóricamente se hace referencia a ella denominándola oro líquido. En el segundo caso pensamos que probablemente por el aspecto que presentan las encinas durante su floración en la que desde lejos parece que han sido espolvoreadas con polvo de oro.

A partir de esta primera descripción literaria numerosos autores se referirán a esta época de modo reiterativo, haciendo hincapié en dos aspectos concretos: el papel de los frutos como las bellotas que de modo espontáneo ofrece la naturaleza para alimento de los humanos, y la referencia a que se trata de un periodo temporal anterior al desarrollo de la agricultura y de los trabajos y penalidades que su práctica conlleva.

Heródoto utiliza algunos aspectos del mito para intentar explicar la respuesta que dio el oráculo de Delfos a los espartanos cuando preguntaron sobre las posibilidades de éxito de sus planes de invadir Arcadia²

"Jamás el hambre ni la ruina acompañan a los hombres de recto proceder, sino que alternan con fiestas el cuidado del campo. La Tierra les produce abundante sustento y, en las montañas, la encina está cargada de bellotas en sus ramas altas y de abejas en las de en medio".

Heródoto

"Y, naturalmente, ya no se limitaros a seguir una política de paz, sino que, convencidos de su superioridad sobre los arcadios, hicieron una consulta en Delfos a propósito de todo el territorio arcadio. Pero la Pitia les dio la siguiente respuesta: ¿Arcadia me pides? Mucho me pides. No te la daré. En Arcadia hay muchos hombres que comen bellotas que te detendrán".

Heródoto identifica la Arcadia como un lugar donde todavía se mantienen algunos aspectos de la Edad de Oro, por lo que sus habitantes serían muy superiores a los guerreros espartanos.

A esta característica de los habitantes de Arcadia se refiere también Teofrasto³, discípulo de Platón y luego de Aristóteles, al que sucederá en la dirección de la Academia. En su libro sobre las plantas señala cómo los habitantes de Arcadia consumen distintos tipos de bellotas que clasifica según el dulzor de las mismas.

Platón también se refiere con detalle a la Edad de Oro. En el siglo IV a. C. era un tema habitual al que se referían cuando se explicaba el pasado de la humanidad y Platón



Fig. 4. Fiala (phiale), recipiente de libaciones de oro decorado con bellotas repujadas (Caltavuturo, Palermo, Sicilia, siglo IV a. C.)

lo refleja en varias ocasiones. En *Leyes VI* explica el descubrimiento de la agricultura y retrocede a esa edad mítica de los hombres:

“cuando no osaban ni probar el buey y no tenían las divinidades ofrendas de animales, sino mezclas líquidas de harina, miel y aceite, frutos embebidos en miel y otras ofrendas puras semejantes, mientras se apartaban de la carne como si no fuera pío comerla ni manchar los altares de los dioses con sangre”.

Una época, en definitiva, de paz, abundancia y vegetarianismo, que enlaza con el pasado y con el más allá prometido.

Una muestra de la importancia de los símbolos de la Edad de Oro la encontramos en algunos ejemplares de vasos rituales –fialas, del griego *φιάλη*, *phiále*– que se utilizaban en ceremonias de tipo religioso o funerario, como la libación. Destacan dos ejemplares, uno de ellos en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York y otro procedente de Sicilia, de un lugar cerca de Palermo llamado Caltavuturo. Son dos magníficas piezas en forma de taza con umbo, decoradas en su interior con tres guirnalda concéntricas de bellotas repujadas, y en la guirnalda más exterior, entre bellota y bellota, una abeja. Con un peso de 982 gramos, son obras excepcionales de los artesanos griegos que plasmaron en oro los símbolos de la Edad de Oro.

En Roma en el siglo I a. C., el poeta y filósofo Lucrecio en su poema didáctico-científico *De la naturaleza de las cosas*⁴, hace referencia al papel de las bellotas en la ali-



Fig. 5. Abeja entre las bellotas repujadas de la última guirnalda (detalle de la fiala de Caltavuturo)

mentación humana en el Libro V, cuando habla de la vida de los primeros hombres:

“Y los hombres que dio la tierra entonces...
no sabían domar con hierro el campo,
ni meter en la tierra los renuevos,
ni con hoces cortar los viejos ramos de árboles grandes; lo que el sol y lluvias
les alargaban, y lo que la tierra producía de suyo, les bastaba;

estos dones sus pechos aplacaban:
en medio de glandíferas encinas
mantenían sus cuerpos con bellota...”

Y en el apartado dedicado a la agricultura:

“Pero enseñó también Naturaleza
el arte de plantar y los injertos;
ella dio estas lecciones la primera,
mostrando las semillas y bellotas
que cada una a su tiempo producía
al pie del árbol mismo do cayera
un enjambre de arbustos”.

Virgilio, el gran poeta latino (70-19 a. C.), en sus *Geórgicas*⁵, donde hace una loa de la vida rural y de las labores agrícolas, narra como la diosa Ceres, hija de Cronos y Cibeles, enseñó la agricultura a los hombres cuando la bellota de los montes no podían alimentarlos a todos:

“Ceres... dispuso que los mortales removieran la tierra con el hierro cuando ya faltaban las bellotas y los madroños del bosque sagrado y Dodona negaba el alimento. Saciárs tu hambre agitando la encina en los montes”.

En similares términos, pero más ajustado a los elementos clásicos que identifican la Edad de Oro, se expresaba

el poeta Ovidio (43 a. C.-17 d. C.) en su obra *La Metamorfosis*:

“Y los hombres, contentos con los alimentos producidos sin que nadie los exigiera, cogían... las bellotas que habían caído del copudo árbol de Júpiter... Corrían también ríos de leche, ríos de néctar, y rubias mieles goteaban de la encina verdeante”.

Desde mediados del siglo I a. C. también son significativas las referencias que al consumo de bellotas en la península ibérica hacen algunos autores latinos y griegos, probablemente por el paralelismo inconsciente que establecen con los habitantes de la Arcadia, que según Heródoto habían detenido a los espartanos. No hay que olvidar que la península ibérica desde la Segunda Guerra Púnica fue el escenario de continuos enfrentamientos en los que distintos pueblos ibéricos y celtibéricos causaron derrotas en ocasiones humillantes a los ejércitos romanos.

Varrón (116-27 a. C.), legado de Pompeyo en las guerras sertorianas, en su trabajo *De Rustica* sobre las cosas del campo, habla de la *glans* ibérica y la menciona entre los bocados exquisitos. El geógrafo e historiador griego Estrabón (63 a. C.-24 d. C.), en el tercer libro de su *Geografía* que dedica a Iberia, a partir de noticias recopiladas de Posidonio, señala, haciendo referencia a los territorios donde las legiones romanas encontraron más feroz resistencia:

“En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas, que secas y trituras se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo”.

Por último, Plinio el Viejo (23-79 d. C.) cuyos trabajos sobre la naturaleza fueron la referencia obligada durante más de un milenio, cita también el consumo de bellotas en Hispania:

“Es cosa cierta que aún hoy día la bellota constituye una riqueza para muchos pueblos hasta en tiempos de paz. Habiendo escasez de cereales se secan las bellotas, se las monda, se amasa la harina en forma de pan. Actualmente incluso en las Hispanias la bellota figura entre los postres. Tostada entre cenizas es más dulce”.

En el siglo II de nuestra era el poeta Juvenal menciona en una de sus sátiras⁶ a las bellotas como alimento de la humanidad primitiva, y el mito clásico del origen de la humanidad o nacidos de los robles o modelados en arcilla:

“Cuando la esposa montaraz... nutría con sus pechos unos hijos robustos, más repelentes a veces que su propio marido cuando eructaba bellotas. Cuando el mundo era nuevo y el cielo reciente los hombres que, nacidos en la oquedad de un

“Y los hombres, contentos con los alimentos producidos sin que nadie los exigiera, cogían... las bellotas que habían caído del copudo árbol de Júpiter... Corrían también ríos de leche, ríos de néctar, y rubias mieles goteaban de la encina verdeante”

Ovidio

roble o modelados en arcilla, no habían tenido padres”.

En la misma época Pausanias, en su descripción de Grecia, cuando llega a la Arcadia⁷ describe el personaje mitológico del primer poblador de Grecia, Pelasgo, que enseña a los suyos cómo sobrevivir en la naturaleza comiendo bellotas y cómo este tipo de alimentación caracterizará a los habitantes de la Arcadia:

“Cuando Pelasgo fue rey, inventó chozas para que los hombres no pasaran frío ni se mojaran con la lluvia ni sufrieran con el calor; además él fue el que inventó los vestidos hechos de piel de las ovejas... Él descubrió que el fruto de las encinas, no todas, sino de las bellotas del roble asiático, era alimenticio. Este modo de alimentación persistió desde este Pelasgo entre algunas gentes, hasta el punto que la Pitia, cuando prohibió a los lacedemonios tocar la tierra de los Arcadios, les dijo los siguientes versos: Hay muchos hombres en Arcadia que se alimentan de bellotas y que te lo impedirán; pero yo no te la niego por envidia”.

San Isidoro de Sevilla en *Etimologías*⁸, obra del siglo VII, sostiene que el nombre latino de la encina, *ilex*, deriva de *electus*, escogido, “pues el fruto de este árbol fue el primero que los hombres escogieron para su manutención”, ya que “antes de que comenzasen a utilizar los cereales, los hombres primitivos se alimentaban de bellotas”.

Para comprobar cómo esa idea ha permanecido a lo largo del tiempo nos trasladamos a la Edad Moderna, en la que numerosos autores hacen referencia a distintos aspectos del mito de la Edad de Oro. No podemos empezar de otra forma que no sea con el más ilustre e internacional de nuestros libros, *Don Quijote de la Mancha*, con el discurso del caballero andante⁹:

“Sentáronse a la redonda los cabreros... que en la majada había... Sentóse don Quijote... y Sancho... Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas... Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltó la voz:

Dichosa edad... porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de “tuyo y mío”. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento que tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes de agua, en magnífica abundancia, sa-

brozas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del torvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre tierra; que ella sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían...

Toda esta larga arenga... dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trajeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin responderle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas...”.

El religioso y poeta español Bernardo de Balbuena, coetáneo de Cervantes, también referenció la citada época:

“Y como á otros pastores he oído, permitido es arar el campo á los que de sus frutos vivimos, y no por eso las guirnaldas en los retorcidos cuernos de los bueyes nos parecen mal, ni á los que de ásperas bellotas nos mantenemos la olorosa manzana ó la cuajada tierna es aborrecible”.

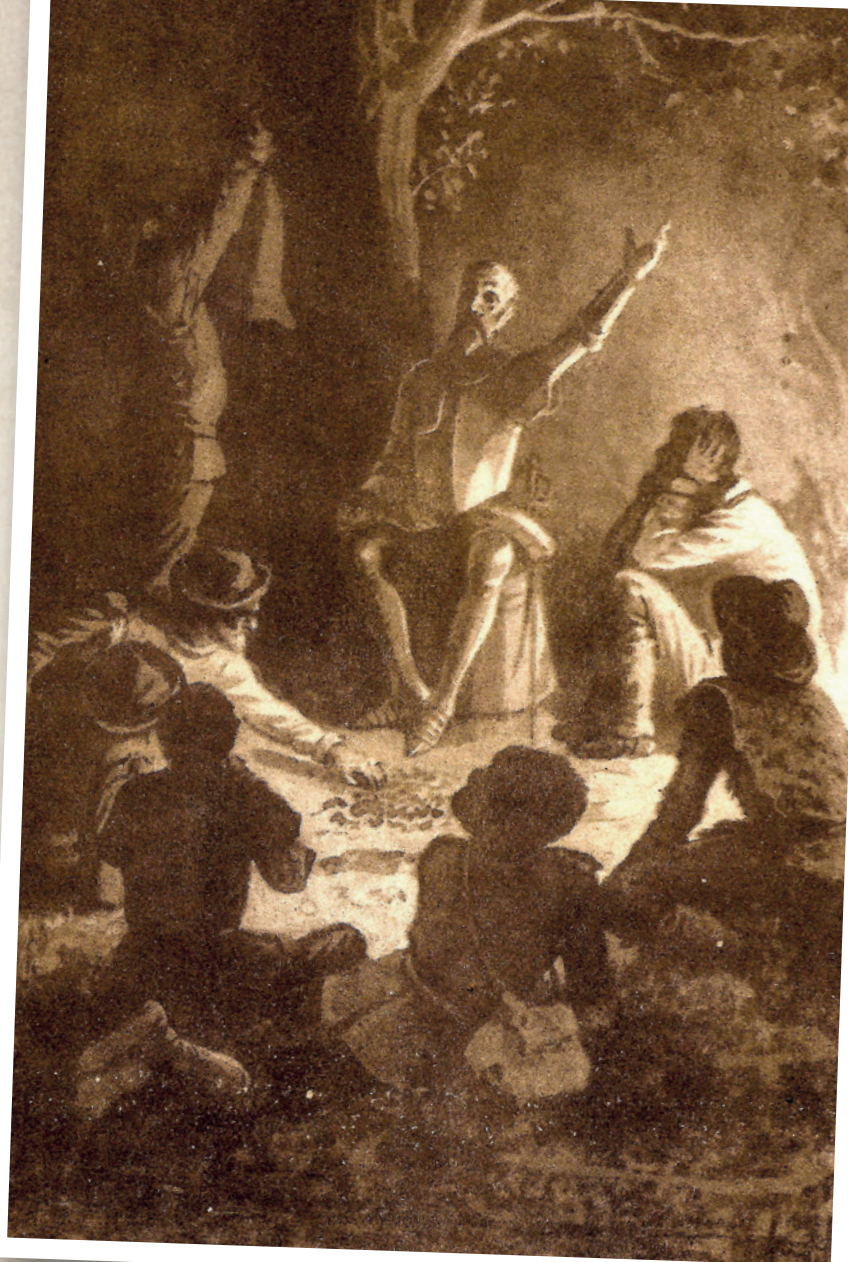
En su obra *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*^{10,11}, publicada en 1608, recuerda en diversos momentos un tiempo pasado mejor, con menos maldades y vicios, transmitido “de antiquísimos siglos de unos a otros”, donde los hombres vivían más apacibles, los árboles escuchaban su música y les respondían, las deidades habitaban los campos, cantaban, apacentaban ganado y no pasaban estrecheces – comían bellotas y castañas, bebían agua de las fuentes–, los bueyes hablaban y el cielo era magnánimo con los hombres.

En estos años la referencia a la edad dorada fue un recurso muy extendido, como así lo corrobora también la reseña que hace Luis de Góngora en la *Fábula de Polifemo y Galatea*¹²:

“Erizo es, el zurrón, de la castaña;
y —entre el membrillo o verde o datilado—
de la manzana hipócrita, que engaña,
a lo pálido no, a lo arrebolado,
y de la encina honor de la montaña,
que pabellón al siglo fue dorado,
el tributo, alimento, aunque grosero,
del mejor mundo, del candor primero”.

En el país vecino, el escritor y pensador parisino Voltaire (1694-1778) escribía:

“En donde no hay limpieza el amor más feliz deja de ser amor: es vil necesidad. De su bella aventura bien pronto fatigados,



debajo de una encina comen con elegancia una cena compuesta de agua, mijo y bellotas; se echan luego a dormir sobre la tierra dura: este es el puro estado de la naturaleza”.

En el *Arte de putear* (1770), de Nicolás Fernández de Moratín, poema didáctico amoroso que ofrece la melancólica visión de los tiempos felices de antaño, inicia el segundo canto con una ingeniosa transposición de *Ars Amatoria* de Ovidio, tras lo cual Moratín introduce el cliché de la Edad de Oro:

“La simple y feliz naturaleza
durará en la inocencia primitiva
fuera inútil entonces la riqueza.
Cada cual dio de balde antiguamente
lo que dio para ser comunicable
naturaleza, y yendo lentamente
el interés y la maldad creciendo,
a trueque de castañas y bellotas
el amor en las selvas resonantes
los cuerpos juntos allí de los amantes”

Larra volvía, durante los comienzos del siglo diecinueve, a expresar esa especie de añoranza hacia aquel

"Venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío"

Larra

pasado de libertad y de autonomía del ser humano con su medio. En el artículo titulado *Yo quiero ser cómico*¹³ expresaba:

"Venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío"

Como curiosidad incluimos una referencia a dicha Edad que se produjo ni más ni menos que en el Congreso de los Diputados español. Corría el año 1908 y en el hemicycle se discutía el Proyecto de Ley de Conservación de Montes y Repoblación Forestal. En la sesión del día uno de junio el eminente ingeniero de montes Ricardo Codorníu contestaba al Sr. Zulueta haciéndole comprender las bondades de proceder a una gran labor repobladora en todo el territorio español. En su discurso decía:

"dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados... aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiesen hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían (Cervantes: D. Quijote, 1.ª parte, capítulo XI).

Mas aunque la edad de oro pasó, los hombres, acostumbrados desde tan remota época a alcanzar lo que necesitaban para su ordinario sustento sin 'tomar otro trabajo que alzar la mano'; trataron, en cuanto les fue acceder, de seguir tan

cómodo procedimiento, que sólo abandonan cuando se persuaden, por triste experiencia, de que siendo ya tantos los hijos de 'nuestra primera madre', la pobre no puede hartarnos ni aun sustentarnos, sin ser forzada por el arado o por otros procedimientos de cultivo".

Continúa haciendo una exhortación de lo que había ocurrido en las regiones forestales en las que el ansia de las personas había sido capaz de deforestarlas sin el más mínimo escrúpulo y sin pensar que la riqueza de la naturaleza no es inagotable. Intercala a su vez las innumerables ventajas que supondría para la patria el proceder a la masiva plantación de árboles. Después de todo lo anterior acaba su intervención volviendo a hacer mención a los tiempos citados:

"La Edad de Oro pasó para no volver y estamos en la edad del trabajo, de la actividad, y ahora ya tanto la madre tierra como sus hijos deben descansar sólo lo necesario para emprender como más bríos la labor. Hijo del siglo XIX y espectador de los comienzos del XX, si bien envidio que en la edad de oro 'todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia', y que no 'había la fraude, el engaño ni la malicia', lo de la descansada vida no me seduce y deseo llegue para mi Patria la edad dichosa en que ni un palmo de tierra, ni un solo hombre permanezcan improductivos, sino que cada cual rinda el máximo posible, sin esfuerzos que le arruinen".

Como vemos es un tema recurrente a lo largo de la historia. Por último, para rematar, incluimos una estrofa de la poesía *El canto de la miel*¹⁴, escrita por Federico García Lorca:

"La miel es la bucólica lejana
del pastor, la dulzaina y el olivo,
hermana de la leche y las bellotas,
reinas supremas del dorado siglo"

NOTAS

- 1 Hesíodo. 1995. *Los trabajos y los días*. Editorial Universitaria, Alicante.
- 2 Heródoto. 1977. *Historia. Libro I*. Gredos, Madrid.
- 3 Teofrasto. 1988. *Historia de las plantas*. Gredos, Madrid.
- 4 Lucrecio. 1994. *De la naturaleza de las cosas*. 3.ª ed. Cátedra, Madrid.
- 5 Herreros E. 1998. *Las Geórgicas de Virgilio en la literatura española*. Tesis. Universidad Complutense de Madrid.
- 6 Juvenal. 1991. *Sátiras*. Gredos, Madrid.
- 7 Pausanias. 1994. *Descripción de Grecia. Libros VII-X*. Gredos, Madrid.
- 8 De Sevilla I. 2004. *Etimologías*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- 9 Cervantes M. 1990. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Alfredo Ortells, Valencia.
- 10 Balbuena B. 1989. *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*. Universidad Veracruzana.
- 11 Campbell Y. 2003. El "Siglo de Oro en las selvas de Erifile" de Bernardo de Balbuena y la tradición órfica. *Rilce* 19(2): 205–215.
- 12 Góngora L. 2010. *Fábula de Polifemo y Galatea*. Cátedra, Madrid.
- 13 http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/yo-quiero-ser-comico--0/html/ff7a6466-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.html (2.5.2019)
- 14 http://www.los-poetas.com/a/lorca2.htm#EL_CANTO_DE_LA_MIEL (7.4.2019)